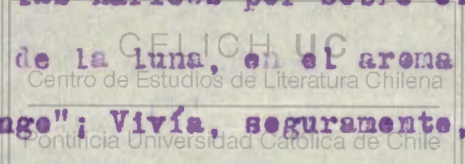


La casa de mi tía Milagres; Su recuerdo se abre con el gemido de esas y viejas arcaas que guardaban en desorden, mil pequeñas cosas que el tiempo ha apolillado: Las frías madrugadas de los años de colegio, el reloj carra raspiente que marcaba con desesperante rechinar de quijadas las horas de los días de asuete; la borda de seda azul de la campanilla con que mi tía Milagres llamaba a la Juana Rosa; las campañas de Anibal; el gato de la tía Trinidad; la caja de rapé, la sandalia milagrosa de Fray Andresito...

Todo está allí como en aquellos años...El arca de madera de alcanfer no ha hecho perder el aroma a esos recuerdos. Ellos conservan para mí el perfume que tenían entonces, cuando el naranjo del patio se cubría de flores y el diablo autentico y corpóreo -el "mandingo" de la niñez, con e cachos y cola- aseaba las narices por sobre el tejado, para embriagarse burlescamente a la luz de la luna, en el aroma primaveral de los azahares.



¡Pobre "mandingo"! Vivía, seguramente, en algún rincón del tercer patio, cerca de la pieza de la Juana Rosa, y aprovechaba esas noches de luna para aspirar un ambiente mas apropiado a sus pulmones que ese eterne olor a zahumerio que llegaba de la iglesia vecina.

También la Juana Rosa con su vestido de pereal clavaba los ojos negros en el naranjo lleno de flores, y suspiraba. Sin duda se acordaría de la Hacienda de Catemu de donde la habían traído. Después me miraba a mí, enteco y palidueho, repasando las campañas de Anibal, sentado en el borde de la pila de mármel: Tesino, Trasimeno, Trebia, Canas....

- Tanto que estudea.
- Es que tengo composición para mañana.

Ella volvía a suspirar.

Tenía una mirada igual a la de los terneros nuevos, y, como ellos, sacaba a cada instante la punta de la lengua y se humedecía los labios. Yo no vi cuando llegé a la casa; pero estoy seguro de que su "taita"

la traje arreándola desde Catemu.

Aveces, los domingos, cuando todos habían ido a misa, se ponía muy contenta, correteaba las gallinas en el patio de adentro y brincaba como si acabaran de sacarla del chiquero; pero casi siempre, sobre todo en la tarde, estaba triste y suspiraba.

Yo la encontraba muy gorda para ser tan chiquilla, pero me daba lás tima.

Siempre tenía azahares secos en el bolsillo del delantal. No sé en qué momento los sacaría porque mi tía Trinidad no dejaba a nadie tomar flores.

En el colegio, toda la semana esperaba que llegara el domingo, y todos los domingos eran exactamente iguales.

Parece que también en casa de la tía Milagros todos los días eran Iguales parecidos.

Cuando yo llegaba, ya ella estaba envuelta en su chal negro, en el sillón junto a la ventana. Yo tenía una silla chica para sentarme a su lado.

En otra silla estaba la tía Trinidad con un gato en las faldas; pero sin el tejido. En esto se distinguían los domingos de los otros días.

La menor de ellas tenía setenta años, y eran jóvenes comparadas con la tía Lucrecia, siempre en cama, y la tía Mercedes que no salía nunca de su pieza. Y a qué hablar de la cocinera, de la mamá Rosa y de la María Engracia... Uf; Yo creo que las dos se habían muerto hace tiempo, y seguían andando nada más que por no dejar la casa.

Los únicos que pedíamos ^{lv}comer cuando había algún temblor, éramos la Juana Rosa, el gato y yo. Todos los demás, en esos casos, quemaban palma bendita.

Sin duda era mejor atender a la causa que al efecto; pero el inastin

te de conservación nos ofuscaba y en medio de las plegarias anti-sísmicas nuestras carreras resultaban casi una irreverencia.

Era curiosa la casa de la tía Milagros. A partir de la puerta de calle, se iba haciendo mas y mas vieja, con todas sus habitantes, a medida que se acercaba al tercer patio.

La tía Milagros era progresista. No temía a los tranvías ni protestaba de ellos, como su hermana Trinidad. Cuando hubo luz eléctrica, llamé a un maestro, hice traer los ganchos de las lámparas y abandoné el alumbrado de gas.

Las lámparas de bronce quedaron como arañas pateando en el vacío. Después cambió las baldosas de piedra por ladrillos de composición... Pasados los años, cuando murió Juan el viejo cochero, se compró un automóvil. No lo usé casi nunca porque "le daba nose" qué molestar al chauffeur; pero satisfizo su entusiasmo por la civilización.

Aberrecía las cosas viejas.

Mi tía Trinidad, como que sus habitaciones estaban mas al fondo, era menos moderna.

Acepté sin protesta, casi con un secreto gusto, la luz eléctrica; pero siguió conservando un respetuoso cariño por los muebles de caoba; mantuvo la sobrecama hecha de infinites rimbos de seda multicolor y no pensé ni por un instante en retirar de la cabecera el medallón de vidrio enmarcado en ébano, con una tumba, una cruz y unos cipreses hechos con cabellos de quien sabe qué ser querido.

¿Un amigo..? ¿Un novio..? Daba risa pensarlo. Parecía una esoba y quizás por ese mismo tenía una marcada preposición a arrinconarse y a recoger cuanto alfiler e menudencia encontraba en el suelo. Sin embargo quería tan-

te a los gates, a las plantas, a los "pescaditos colorados" de la pila, en fin, a todas las cosas chicas, que bien pudiera haber tenido un nevie; un nevie liliputiense ¡clare está; porque no puede ~~max~~ imaginarme a la tía Trinidad enamorada de un ser que se levantara mas de veinte centímetros del suelo.

Yo, siempre que entraba a su pieza, observaba minuciosamente el relicario con romántica decoración de cestería. ¿Sería hecho de pelo de gata? Algun día tendría que averiguarlo. En todo caso era una obra maravillosa de paciencia.

A la Juana Rosa le llamaba también la atención el guarda-pele y una vez tuvo la audacia de descolgarlo para preguntarme que decía "esa leyenda" que tenía arriba.

- Dice "recuerdo".

- ¿Recuerdo? ¡Bah; Miren también como Misedá Triniá...;

Y se ~~hechó~~ a reír a carcajadas.

Tenía las manos apoyadas en las caderas y su busto se remecía como un manzano apotado por el viento.

Parecía que su risa volaba de un lado a otro, persiguiéndola... A ratos creía que iba a pisotearla.

Hubiérase dicho que la pieza de la tía Trinidad se había abierto al sol como una jaula. ¡Qué alegre estaba todo en derredor..;

Pero fue solo un momento. La Juana Rosa, como si hubiera cometido un delito, se llevó el delantal a la boca, y abrió los ojos azorados.

- ¡Jesús; No me vaya a oír Misedá Lucrecia..;

Pared por medio, en efecto, con las ventanas cerradas, en una atmósfera azuleja y pesada de papel de Armenia. se extingüía lentamente la tía Lucrecia.

Sus manos de largos dedos, se desfloraban como dos berlas de seda sobre la sábana, y de su cara hundida entre los almohadones, solo se dis-

tinguían dos puntos negros - los ojos - fijos en el Niño Dios de cera,
lleno de conchas y de florecillas bajo un fanal de vidrio, que estaba
sobre su cénoba.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

Cada vez que mi tía Trinidad me sacaba a hacer visitas yo le pedía que, a la vuelta, me llevara a ver el diablo de Santo Domingo. Era una especie de compensación.

Le temblaba, y por nada del mundo hubiera querido ~~verlo~~ a media noche, subido en el naranjo o corriendo por el entretecho; pero este temor reverencial, no excluía la admiración. Me sucedía con él algo muy semejante a lo que me pasaba con el león de la Quinta. En la jaula me gustaba mucho....

El diablo no estaba en jaula; pero venía a ser lo mismo. En el segundo altar de la derecha, cargado de cadenas, a los pies del arcángel San Miguel, cuya lanza le pinchaba despiadadamente el lomo, no podía ni moverse. Solo los ojos verdes le brillaban, moviéndose inquietamente al agitarse la llama de los cirios.

En esa posición bien molesta, recibía la visita de más contertulios, en general gente del pueblo, o chiquillos como yo. Iban también algunas viejas, Secas y torcidas con el manto hasta los ojos y la alfombra de grandes florones en punto de marca, -parecían espinos con quintral- le miraban un instante, agitaban las mandíbulas como si estuvieran mascando algo, y, después de santiguarse se perdían en las sombras del templo.

No era difícil adivinar lo que mascaban: Palabras duras y amargas como "maqui" verde, que escupían al pasar frente al ^{puerto} piso:

-+ Ave María Purísima! ¡Qué animal tan feo!

Obien:

- La Virgen nos ampare! ¡Mire los colmillos!

Se lo decían en su propia cara. Las viejas le eran francamente hostiles. Se me figura que debía descansar cuando se retiraban.

En realidad el diablo era bastante feo; pero las viejas también

lo eran y me daba no se qué ver que estando así, aplastado y sin poder moverse, fueran a decírselo.

A veces sentado en la pila de mármol que era el sitio de mis meditaciones, me ponía a pensar en su situación y me daba mucha pena. Pero a él, a pesar de su cara de perro rabioso, no le faltaban ánimos para acicalarse. No tenía, eso sí, el menor concepto acerca de la elegancia masculina.

Se adornaba con las joyas mas absurdas: collares y pendientes de mujer. Algunas veces aparecía empolvado.

Era de verlo. Con los aros, las orejas de chivo le resultaban mas ridículas y, en su cuero negro, los polvos de arroz, le daban cierto aspecto de tizón apagado.

Siempre le decía a la Juana Rosa que fuera a verlo; pero ella no quería....

-¡Y esté lo mismo que vivo? ¡Jesús! ¡Ha de dar mucho miedo!
Ella tuvo la culpa de que, andando el tiempo, peleara con el

diablo de Santo Domingo.

Fue bien triste aquel invierno. La lluvia rebalsaba del alero y descascaraba la pared junto a la pieza de la tía Mercedes. El agua hacía cantaritos en el patio, y en la noche, como la casa estaba cerca del río, no se podía dormir con el ruido de las piedras que arrastraba la corriente.

A mi tía Milagros le dió por creerse pobre y no encendía luz. Todas sus economías las gastaba en hacer unas largas almohadillas -especie de salchichas de lona y aserrín- que aplicaba en los resquicios de las ventanas "para evitar corrientes de aire".

A pesar de todo, el gato de la tía Trinidad se enfermó de pulmonía. Metido dentro de un canasto forrado en cuero de oveja, tosía de la mañana a la noche con un ruido de juguete roto, y la tía no podía ni siquiera salir a arreglar altares, de miedo de que el pobre animalito se arrancara de la cesta.

En el segundo piso, la mama Mesa y la María Engracia, como Noé dentro del arca, no asomaban sus narices, pegadas al bracero.

Yo, a veces, iba a verlas en la tarde para que me contaran cuentos. No economizaban en luz, como la tía Milagros; pero como le tenían miedo al gas, prendían velas de sebo. No se en donde las conseguirían. Tal vez ^{compraban} usaban esas velas para poder usar la despabiladera -algo muy semejante a unas tijeras con un cajoncito de metal donde caía el extremo de la mecha, que yo recortaba al rape, a cada instante. La vela chisporroteaba, y las dos viejas interrumpían el cuento para mirarme con ojos mortecinos. Unos ojos azulencos con una vuelta cenicienta alrededor.

Todos los cuentos de la mama Mesa eran del tiempo de su "sacar real majestad" y comenzaban con el mismo estribillo de "saber para contar" y "contar para saber".

Cuando iba la Huana Rosa, ponía el piso de paja junto al mío y lo acercaba mas y mas a medida que en el cuento de la Mama Mesa aparecían "ánimas arrastrando cadenas".

Decía que le daba mucho miedo y que se helaba; pero no era cierto.

~~Bajo el pañuelo de rebozo, sus manos estaban siempre mas tibias que las mías.~~

Después de la misa de nueve, cuando había sol, llegaba doña Eudocia. Iba casi todos los días a ver a la tía Milagros. Era gorda y tenía algunos pelos ^{tos} negros ^{nos} en la barba. Muchas veces en el comedor, yo recogía las migas, las amasaba, y hacía con ellas su retrato; le ponía dos cabezas de fósforo en los ojos y quedaba muy parecida. Cuando me aburría de ver su cara de bola, blanduja y amarillenta, empezaba a desmenuzarla y se la daba a "los pescados". Uno se comió una vez, un ojo de doña Eudocia y se murió. La tía Trinidad, al irse a misa, halló al pobre animalucho, flotando de costilla, tieso e hinchado como una chalupa naufraga; y a su turno casi se murió de pena.

Me echó la culpa a mí y llevó el cuento a la tía Milagros; pero yo dije que había sido el gato y ella me lo creyó.

Nunca he visto a mi tía Trinidad más enojada.

- Qué temeridad, - decía, calumniar así al pobre animalito. Como él no puede defenderse.... Qué niño, Señor, *qué niño!*

La tía Milagros se irguió con displiscencia.

- Siempre lo mismo Trinidad. Prefieres echarle la culpa al niño y no al gato,

Ella no contestó. Sacó el gatito del canasto, lo estrechó amorosamente contra su pescuezo de tortuga, y ^{cojiendo} ~~cojiendo~~ con la otra mano la cesta con cuero de oveja, salió de la sala, mordiendo los labios. Iba tiesa y echada atrás. Era ver un pejerrey frito. Pero al salir ~~al~~ salir al patio pareció desmoronarse y suspiró.

Yo me sentía muy avergonzado.

Mi tía Milagros pareció no reperar en nada de esto y siguió conversando con la señora Eudocia.

Hablaban de compras.

Doña Eudocia, era muy rica y lo compraba todo "donde Puck" o

"en los chinos".

Cuando se trataba de generos blancos su unidad de compra era "la pieza" e indefectiblemente la adquisicion se habia realizado en la casa Britanica. Para los mantos, el te y los pañuelos de seda la unidad era "la caja". Unas cajas preciosas con olor a sandalo, de laca sobredorada. Otras eran simplemente de carton; pero en cambio tenian unos chinitos con traje de seda y cabeza de marfil que yo despegaba para ponerlos de señal en la Aritmetica o la Historia. En el colegio todos me los envidiaban.

La señora Eudisia me queria mucho; me obligaba a decirle tia y cuando me llevaban a verla, ademas de las cajas chinas, me daba siempre plata nueva.

Esto desesperaba a CELCHILIC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile mi tia Milagros. Parese que lo concideraba ofensivo, y apesar de las insistencias de su vieja amiga, hacia que mis visitas fueran lo mas espaciadas posibles: "no fuera a pensar que iba por interes".

Yo queria mucho a doña Eudisia pero me aburría oirla hablar tanto de los chinos.

Era una mania; hasta las empleadas las llamaba "las chinas".

Junto con llegar se sentaba asesando en el sofá, se echaba atras el manto, ponía a un lado la alfombra, el devocionario de concha de perla y el rosario; extraía del fonde de un bolsillo perdido entre los pliegues de su pollera negra, un cofresito de carey, se atosigaba de rapé las narices, y despues de cinco estornudos - ni uno mas ni uno menos - le preguntaba a la tia Milagros como habia seguido del reumatismo.

Antes de que ella alcanzara a contestarle, ya doña Eudisia se habia pasado al tema de las compras. Era una notabilidad para llegar allí partiendo del reumatismo.

A veces decia:

- Y a proposito, hija, hay donde Puck una franela, que para tu enfermedad....

O bien:

- Un japonés muy simpático que está "donde los chinos" me dijo que ellos no temen el reumatismo porque se dan unos baños calientes....

Recuerdo que ese día en que murió el pescador el tema de doña Eudocia fue el té verde:

- No compres nunca de otro, Milagros... Es más caro; pero es limpio. Imaginate que uno de esos chinos asquerosos me confesó que el té negro no es así al principio. Según parece, ellos lo toman verde y una vez que le sacan la infusión, le envasan y nos lo mandan. Has visto algo más repugnante?

MI TÍA MILAGROS CONVINO QUE AUNQUE ella no era orgullosa, y el fundo de Rancagua no le daba casi nada, una señora no podía tomar el té "langueteado por los chinos".

- ¿Qué mugres no tendrán esos herejes!

Pero ~~ami~~, más que la historia del té negro me molestaba, en esos momentos, el enojo de la tía Trinidad, por mi mentira.

Salí al patio y la abserbé de lejos.

La puerta de su cuarto estaba entreabierta y, ella, en una silla baja, seguía con el gato en los brazos: Le hablaba, besándole mucho, como si tratara de consolarlo.

Pobre tía. Estaba más chica y esmirriada que nunca. ¿Qué confidencias le estaría haciendo al gato?

De toda la casa de la tía Milagros lo que mas se ha gravado en mi imaginacion es la pila de marmol.

Se abria al centro del patio como una flor de magnolia, y en sus aguas verdosas se ^{demeritaban} zabullian de cabeza, el naranjo, el arce blanco, el alero, las ventanas del fonde, el tejado lleno de musgo.

La pila guardaba en si toda la casa.

Si existe todavia, si la grieta del marmol no se ha hecho mas profunda y el agua no se ha escurrido por completo, estoy seguro de que al remover las lamas verdes que se habrán formado en ella, aparecerá en el fonde todo el viejo tesoro de recuerdos que se fue tragando lentamente.

Y aquello será como sacar de nuevo al sol los restos de un naufragio.

Toda mi niñez está hundida en esa pila. Talvez no exista ya su ancha taza de marmol y por su fonde rete, el agua se haya escurrido con todos sus recuerdos y haya ido a refrescar las raices secas del naranjo cortado; pero cierre los ojos y los vuelvo a ver.

Está erguida, como entonces, en la mitad del patio, tapizado de musgo. De su centro, que aspiraba a imitar una concha, pero que en realidad parecia una computadora, el agua se desliza sin ruido en delgados hilites, como el llante de la tía Trinidad cuando el gato amanecía enfermo. Los ^{pezcecillos} "pezcecillos" colorados juegan al pillarse y junto a la galeria, con las manos escondidas bajo el delantal, veo re-certarse la silueta de la Juana Rosa, con su carita de manzana silvestre y sus ojos muy abiertos.

Sen los mismos ojos tristes con que llevo aquella mañana en que por fin logré que la Mama Mesa la llevara a ver el diablo de Santo Domingo:

- Te dió miedo?

-No; pero me dio rabia..Tan feo y con aros tan lindos...Que sacaran con ponerle eso...?

Y con sus manitas regordetas se tocaba los insignificantes aretes de oro doble que pendían de sus orejas.

Después, con los ojos fijos como si las joyas del demonio la tuvieran todavía hipnotizada, agregué:

-Como una es pobre tiene que andar con estas porquerías...

Yo no hallaba que decirle. Sus ojos negros, como la pila en las noches de invierno, parecían recoger todas las sombras.

El diablo de Santo Domingo, feo y malo, tenía joyas y era rico... En cambio la Juana Rosa.....

Sentía que algo muy amargo-una injusticia o un sello imposible de tragar-me apretaba la garganta.

Fue mi iniciación en la "cuestión social". Per culpa de ella ciertas relaciones con "el mandingo". Se me hizo antipático y nunca más volví a pedirle a la tía Trinidad que me llevara a verlo.

Estaba estudiando la lección de historia cuando entro la Juana Rosa, con el pretexto de limpiar los vidrios, y me dio conversación.

La noté muy rara.

Me dijo que no se acostumbraba, y que si no fuera por su taitita y "también por otra cosa"-este último le costó mucho decirle- ya se habría ido de la casa. Se hallaba como presa entre esas paredes; no salía sino los domingos a la misa de siete. y en patio de adentro. Para ver la calle había que treparse "le mismo que las aves" al techo del gallinero.

Intervención
copiada al
Colegio de mi padre.

Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Era cierto: La única ventana que daba, a la calle en el segundo piso era la de la Mama Mesa; pero era alta y no se veía más que el cielo. Un cielo sin interés, como una página en blanco, rayado con los renglones de los alambres del teléfono. En el último alambre había un trozo de volantino a cuadros rojos y verdes. Giraba con el viento y parecía hacernos burlas. Todo el día se le pasaba dando volteretas como un payaso.

Nosotros, en cambio, no podíamos ni siquiera alborotar la casa corriendo tras el gato, porque según la tía Trinidad, después de la pulmonía el animal había quedado "debilitado" y agitarse, le hacía daño al corazón. ^{aproximadamente} Tampoco se puede gritar porque la tía Lucrecia cada día está más enferma.

En algo de esto, pensaba seguramente la Juana Rosa, mientras con semblante amurrado, restregaba los vidrios.

- Mi hermana la que estuvo sirviendo donde misa Eudocia, se casó. Pasa hartas pobreza, pero si quiera tiene quien la quiera... Yo no sé qué me ha dado que no puedo salirme de esta casa. Estoy lo mismo que embrujado; pero un día de estos....

Yo le pedí que no se fuera.

Dejó el paño y se quedó un momento mirándome, muy seria.

- Deveritas que no quiere que me vaya?

Después se echó a reír.

- Psh Que falta voy a hacerle, Pa jugar al pillarse no le da lo mismo Na María Engracia?

Una mañana la tía Trinidad llegó desolada y temblorosa. Casi no

podia hablar: Un hombre entro a la Iglesia de las Capuchinas y le robo el bacule de plata a St. Teribio. Es un horrible sacrilegio.

En cambio al diablo de Ste. Dominge nadie le hace nada.

Sera pecado robarle las alhajas al diablo de Ste. Dominge?

La Juana Rosa cree que no:

-Por que va a serlo? El diablo no es santo, ni gente. Continz que a el no le sirven sirven para ninguna cosa.....

Pero la tia Trinidad no piensa del mismo modo:

-Que ghiquille. Las ideas que se te ocurren....

Y mientras "saca" un nuevo punte de crochet que le vio en misa a una señora, me habla largamente del asunto. Segun parese, las joyas representan la vanidad y no valen nada. Son falsas; Son de vidrio, y los padrecitos se las penen al diablo porque "como es tan vanidoso..."

Se lo conte a la Juana Rosa y me parese que tambien sintio un gran alivio...



Poshe tia Lucrecia! Una tarde, al volver del
~~Yo no supe la hora en que murio la tia Lucrecia.~~
entregado,

Me dijeron que estaba muy mal, que, como el ruido le hacia dafio, me fuera al patio de adentro.

En el callejen escure trepece con la Maria Ingracia y con la Mama Mesa. Las dos viejas venian arrastrandose, como dos sombras, una en pos de otra, pegadas al muro. Una de ellas llevaba una tetera con agua caliente. Se perdieron en la obscuridad y durante mucho rato el el ruido de sus zuecos.

Entonces corri al tercer patio. En la escala de palo para las gallinas, casi a la altura del tejado, estaba la Juana Rosa.

Al verme se puso roja y comense a reirse a carcajadas:

-Váyase por favercite! No ve que tengo que bajarme?

El viento inflaba como una vela la pellerera de percal que ella trataba de sujetar con las redillas.

-! No me mire! ¡No me mire!

Parecía un globo que se fuera a velar por sobre el tejado.

-!Váyase le icen!

Golpeaba la escala con el pie.

lantienda
-!Entrevio, pues! Voy a acusarle a Miscá Milagres!

Estaba furiosa; pero yo no le hice caso. Entences se acomedé muy bien el delantal, se afirmé como una gata en el alere y me miré con unos ojos que no he elvidade nunca. Eran tristes mientras la boca se reía:

-Déjeme bajarme y le digo un secreto...

-Dímele primero... CELICH UC

- Es secreto... *no se puede... y me cree* que a Vd. le va a gustar...

Capitulé y salí del patio.

Cuande volví, la Juana Rosa estaba al pie de la escala, con los ojos bajos, reterciende entre los dedos, como si quisiera extrangularla, una punta del delantal.

-¿y el secreto...?

-No;né, per Dios, me da tanta verguenza...

Y no quise decírmele.

En ese momento entré la María Engracia. Venía como deshecha y se dejó caer en un piso de tetera, suspirando. Inmóvil y arrebujaada en el pañuelo negro, parecía un huace.

-! No pasa de esta noche -dijo. ¡Pebrecita!

Después nos llamó a la Juana Rosa y a mí y nos dijo que subiéramos a su pieza.

Sella abrió su puerta y parece que quiso decirme algo; pero la veía la veía se claró los ojos miró un diviso y guardó silencio. Después se levanta pensosamente, ~~ella~~ y nos dijo que subiéramos a su pieza. No había allí mas lumbre que la que entraba por el tragaluz.

claro que esto fue

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

El velantín seguía haciendo piruetas en el alambre del teléfono. Adentro, la oscuridad se pegaba como murciélago a todos los rincones.

Sumidas en las tinieblas, la Mama Mesa, la cocinera y otra mujer rezaban el rosario, con un ruido monótono y prolongado de ríe que se pierde a lo lejos.

Nesotros tambien nos arredillamos.

Per entre las manos de las viejas, el rosario se escurría gota a gota. De vez en cuando un goterón mas grueso -un padrenuestro- se condensaba un instante en el extremo de los dedos flacos y amarillentos como velas que la llama de la fe iba derritiendo en oraciones.

Es el mismo rosario de todas las tardes pero mas debil y tembloroso que otras veces. Las plegarias saturadas de oscuridad y húmedas de lágrimas, parece que se arrastran por el tablado y que apenas tienen fuerza para llegar hasta la imagen de la Virgen del Carmen puesta sobre mesita de madera de álamo.

En el día la eleografía es muy bonita; La Virgen con su cara de niña, está entre nubes, y desde lo alto deja caer su escapulario sobre las benditas ánimas del Purgatorio que, desnudas y achicharrándose en las llamas, alargan los brazos para asirse de él; pero ahora, en la oscuridad, la lamparita de aceite que hay al pie del cuadro ilumina solo el Purgatorio.

Las llamas tiemblan y las ánimas parecen moverse...

!Qué frío hace! Pece a pece voy acercándome a la Juana Rosa; pero al sentirme ella da un salto:

-!Ay, Señor! !Me creí que era el maldito!

Tiene los ojos espantados fijos en las animas del purgatorio y las manos arrebuajadas, como nunca lo hace, en el pañuelo de rebezo:

-No se acerque. *¡Sin fuerza ni se acerque!* No nos vaya a penar Miséa Lucrecia...

La llamita de la lámpara de aceite se alarga a veces con el viento, y parece que las ánimas estuvieran vivas.

—

A pesar de todas *las prohibiciones* fui a asearme al primer patio.

Comenzaba a oscurecer. El naranjo se veía como una masa negra y los demás árboles, desnudos de hojas, se alargaban como escombros que quisieran barrer el cielo sucio y escombrado de nubes. Cobijada en la sombra, la pila, como una novia abandonada dejaba correr su llanto.

El ruido del agua se confundía con el de los rosa ríes de la Mama Mesa y la Maria Engracia.

~~Acompañado por la tía Trinidad venía el canónigo Saavedra. Alto y erguido a pesar de sus años, con el manto al viento y la nariz como una pica, avanzaba, cogiendo un poco, con la majestad de un barco viejo. Al lado suyo, la tía Trinidad se esforzaba por seguirle, esmiñada y chiquita como un gato. Por cada trance del canónigo, ella tenía que dar cuatro pasitos. De vez en cuando alzaba los ojos llereses para mirar el rostro impenetrable de aguilta tallada en piedra.~~

El prebendado parecía no verla. Con la mano sarmentosa se recogía en pliegues clásicos su toga negra, con la misma prestancia con que subía al coro de la Catedral.

Des sacerdotes salieron de la pieza de la tía Lucrecia, hablando en voz baja. El señor Saavedra se juntó con ellos.

En un rincón, el doctor Pérez, chiquito y rechencho, conversaba con las tías. Apenas se veía su camisa blanca que le rebalsaba del chaleco, y las largas celas de su chaqué negro.

En medio de las señeras que le asediaban a preguntas, parecía un

pinguine acerralado.

Sus brazos ciertos y movibles como aletas, contrastaban con los amplios mantos de los clérigos, alas de cóndor que el viento sacudía a intervalos como si fueran a volar.

Entonces me acerqué a la tía Trinidad y le pregunté como seguía la enferma.

Ella me estrechó contra la tabla de su pecho.

- ! Lo mismo..! ! Lo mismo, hijito...!

Y rempió a llerar.

Recuerde que aquella noche yo tenía mucho miedo y no quería acostarme.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile